

Crónica

WILLIAM BRADEN

En la alegre ciudad universitaria de Reno del Estado de Nevada, un tiempo centro de los mineros exploradores de la California que descubrieron los ríos de oro que sus montañas han procurado a la Unión durante medio siglo, ha fallecido ayer alguien al que pudo llamársele el minero por antonomasia, el primer minero de los Estados Unidos: William Braden.

El coronel Braden, nombre con el cual familiarmente se le conocía, era por demás popular y querido en Chile, pues, a impulso de sus perseverantes iniciativas nacieron en nuestro país las gigantescas empresas cupríferas del Teniente en Rancagua y de Potrerillos en Atacama.

Oír de labios del coronel Braden la historia del desarrollo de las industrias metalúrgicas en los últimos años del siglo XIX, en los Estados Unidos y en el resto del mundo, era escuchar una leyenda maravillosa que superaba con sus realidades a las fantasías de Alicia, en el País de las Maravillas.

Braden, viajero del planeta, en busca del oro, de la plata y del cobre, minero cosmopolita como era desde los 20 años, había cruzado muchas veces los siete mares y salvado las cordilleras de toda la América, «propector» de infinitas energías, a quien no arredraban los huracanes deshechos ni las solitarias regiones, donde se esconden los metales y donde es casi imposible la vida humana.

Tenía el instinto del cateador, la fe del minero profesional, y la audacia más norteamericana que sea dable concebir para alcanzar buen éxito, en esos negocios aventureros ante los cuales fruncen el entrecejo los más optimistas banqueros de Nueva York. Pero el coronel Braden casi nunca fallaba en sus cálculos.

Cuando llegó a Chile, adivinó que este país

estaba llamado a ser uno de los productores cupríferos de más voluminosa producción, pero que no serían las vetas ni los veneros laborados a la antigua usanza, lo que habría de colocarlo en esa posición privilegiada, sino los métodos americanos.

Y así dió cuerpo a las formidables corporaciones que invirtieron millones de dólares de una sola vez para demoler, científicamente, las faldas de todas las montañas que atesoraban cobre.

Si era un ingeniero de minas de vasta capacidad científica, no era menos también un hombre de universal cultura, cuyo trato social encantaba y cuya magnética simpatía resultaba en la conquista de cuantos algún día cambiaron alguna palabra con este americano que miraba en la amistad una merced de los dioses.

Artista por temperamento y por su refinada educación, el coronel Braden había hecho de su casa, en Nueva York, un museo de exquisitas joyas de la pintura y la escultura y ciertas salas de ese museo, en donde reunía colecciones de mármoles, tapices y bronce, evocaba en el sorprendido visitante, el cuadro descrito por Dickens, en su Almacén de Curiosidades.

Los chilenos guardaremos la memoria del gran ingeniero fallecido ayer, con el afecto a que es acreedor, amigo tan sincero y constante como lo fué siempre el coronel Braden para con nuestro país, al que lo vinculaban caros nexos de familia, ya que su hijo Spruille Braden, Embajador en Cuba, es casado con la dama chilena, doña María Humeres Solar.

La historia de la minería chilena le consagrará, estamos ciertos, las páginas que justiciaramente se merece quien pudo ser llamado el primer pionero y el primer propector de la minería del cobre en este país.

Santiago, 19 de Julio de 1942.